

ARGUMENTOS DE PELICULAS

Cuando la razón vacía

Roland de Graves era un pintor de talento, dedicado exclusivamente a su arte y poseía una envidiable fortuna que le permitía ser independiente. Profesaba verdadero culto a la belleza y hubiera debido llevar una existencia brillante si el destino no le hubiera reservado otra cosa. Si el artista hubiera consagrado todos sus desvelos a la pintura, su existencia hubiera transcurrido normalmente; pero la misma fogueidad empleaba en el mundo del amor que en el del arte. Su último «flirt» con la bailarina Lyda Gyl, no había sido más que un verdadero calvario. Ella se había burlado indignamente de él, engañándole y escarneciéndole, viéndose finalmente abandonado por aquella mujer a la que su imaginación amorosa había adornado con todas las bellas cualidades. Otro hombre cualquiera, hubiérase encogido de hombros por el desprecio. Roland, por el contrario, remachaba más el clavo de su dolor en la soledad. El recuerdo de la infiel turbaba sus días y sus noches, agitaba su sueño y pronto empezó su razón a vacilar. Vivía como un fantasma en el silencio de su estudio, donde pasaba el tiempo evocando a la desaparecida, tan pronto suplicante como rechazándola con una mirada preñada de rencor. A su hermano René, al volver de un viaje, le inquirió aquel estado.

René y una dirección. René envió al chófer a que hiciera indagaciones y éste supo que Irene era una huérfana, caída en la desgracia y en la más espantosa miseria a causa de una larga enfermedad que la había privado de trabajar. Dotada de una excelente educación, poseedora de un orgullo nativo, había luchado valientemente para ocultar su desgracia, pero la adversidad la había vencido. El chófer trajo en sus brazos el pequeño encontrado en la habitación en que vivía la desgraciada; aquella era la única vida que latía cerca de su pobre corazón, en la soledad.

Un día Roland pidió a su hermano que le atendiera unos minutos y le dijo:—No puedo vivir ya en este estudio donde tantas veces ha venido ella a verme; todo, aquí, me habla de ella; todo me recuerda su amor. —¿Quieres que nos vayamos de viaje?—preguntó René. —No—respondió su hermano—; no conseguiría otra cosa que pasear mi dolor por el mundo. —¿Qué quieres hacer, entonces? —Tenemos una casa que nos pertenece a los dos; déjame que habite en ella; me hace falta la soledad. El único que puede vivir cerca de mí, eres tú.

René, que no quería rechazar ninguna proposición de su hermano, le acompañó a la finca que poseían en el campo. Permaneció algún tiempo junto a él, pero muy pronto le pareció insostenible aquella existencia. Era joven, elegante, acostumbrado a placeres y aventuras fáciles, de manera que no es de extrañar que se volviera a su ambiente, es decir, a la gran urbe saturada de placeres. Una noche, en el momento de volver a su casa, de una de sus acostumbradas saturaciones, su automóvil paróse bruscamente en la carretera; sin la sangre fría del chófer y el dominio que tenía del volante, hubieran aplastado inevitablemente a una joven que yacía sobre el pavimento. Acercóse René a la susodicha mujer y al ver su pálido rostro, la belleza sobrenatural y su cuerpo grácil y encantador, hizo un movimiento de sorpresa. René estaba sinceramente emocionado porque, no obstante los pobres vestidos que llevaba la desconocida adivinó en ella una intensa tragedia; epro en vez de recogerla y llevarla a la casa de campo, llevóla a su propia casa y la instaló en una de sus habitaciones, hecho lo cual, mandó llamar al médico. En sus pobres ropas sólo pudo encontrar, para identificarla, un nombre: «re-

roland».

—No digas tonterías—respondió el otro. —Veras como su belleza y juventud harán este micagro. Roland respondió fríamente: —Tú puedes amarla, eres libre. Pe-

roland».

roland».

roland».

roland».

roland».

Los continuos regalos que de las aldeas inmediatas y aun del mismo pueblo recibía, hacían que se hallase siempre perfectamente provista la despensa.

Ricos jamones, exquisitos vinos, fresca manteca de las vacas del país, blandos quesos, sazonados frutos, todo se encontraba en ella bajo la severa custodia de la anciana criada.

Uacista seguía, no obstante, haciendo una vida sobria y frugal.

Temeroso de encontrarse de nuevo en la miseria, no se entregaba a la cómoda y regalada vida con que le brindaba su nueva posición.

El único gasto extraordinario que se permitía, era la manutención de su caballo.

Por lo demás, vivía lo mismo que siempre.

Se levantaba temprano, salía a la calle, visitaba a sus enfermos, volvía a su casa, comía, y por la tarde se iba a la montaña.

Alejandro no era dueño de sí mismo.

Su clientela disponía de él a voluntad; y jamás llegó uno a la puerta de su casa que no fuese recibido con finura y amabilidad.

Cuando le llamaban a deshora de la noche, Uacista, dispuesto siempre a enjugar las lágrimas de los demás, salía a la calle, triste por el que sufría, y alegre por el bien que iba a practicar.

—¡Válgame Dios, señor!—le decían muchas veces los pobres aldeanos.—

¡Cuánto sentimos molestar a su merced!

Y Uacista les contestaba:

—Todo lo contrario, amigos míos, porque no hay en el mundo placer más grande que el de ejercer la caridad. Si lo dudáis, consultad a vuestro corazón generoso o preguntádselo al señor cura.

Y tenía razón.

De este modo, por donde quiera que iba, era respetado como un santo.

Jamás aceptaba regalo de los pobres, ni gravaba a los ricos prevaleiéndose de su posición.

Igual esmero empleaba con los unos que con los otros, y esto le proporcionaba la estimación general.

No era el facultativo que receta y cobra, sino el amigo que se interesa, que sufre, que se afana, que llora o que sonríe, adaptándose a las sensaciones, ya agradables, ya tristes, de una familia honrada.

No se envanecía con sus triunfos; pero cuando moría algún enfermo, Uacista era el primero en llorarle y el último en separarse de su sepultura.

Si el difunto era pobre, Alejandro le pagaba la misa y le costeaba la cera.

En su casa no había lujo, pero jamás faltaba un pan y un vaso de leche o de vino para el mendigo, o un lecho para el rendido caminante.

¡Cuántas veces le vieron, al volver de una aldea inmediata, ofrecer a algún viajero perdido su caballo, y entrar a pie sirviéndole de guía.

No hay nada tan poético como la virtud.

Para el alma que la ejerce, cualquier protección aparece revestida con su inmarcesible aureola.

Sin embargo, Uacista estaba triste, y sólo se alegraba al escuchar desde las montañas las amorosas notas de la canción que la muchacha entonaba al acercarse a él

ción favorita es pasear por las montañas, o ir con sus amigas a las orillas del río. No se cuida de diversiones, ni de colgarse moños y alhajas, ni de nada más que de su hogar. ¡Lástima que sea tan fea! ¡Ea, anda, anda, muchacha!

Ana se alejó sonriendo, y el cura se volvió hacia Uacista para decirle:

—Es tan vergonzosa, que si sigo hablando de ella la hago llorar.

—¡Parece un ángel!

—Y lo es, amigo mío. Usted no sabe lo que vale.

Alejandro, que a medida que el señor cura le daba pormenores, iba entrando en deseos de conocer a los demás, volvió la cabeza y vió a José, que venía a alguna distancia.

—¿Es del pueblo aquel mozo?—preguntó.

—Es el hijo del barbero, que es aquel de la derecha; y por cierto es hombre tan listo, que lo mismo pulsa la guitarra que hace la barba, y lo mismo toma parte en las fiestas que vela en un entierro. Ahí donde usted le ve, con su sombrero a lo terne y su chaqueta torera por conservar el aire de Andalucía, su tierra, a la que profesa singular cariño, frisa los cincuenta años; pero se encuentra tan remozado, alegre y dispuesto para todo, que con igual gusto toca unas caleseras que ayuda a misa o a bien morir a un enfermo.

—De modo que es un estuche, como vulgarmente se dice.

—¡Completo! Su hijo, que es por quien usted me ha preguntado, no se le parece en nada; es holgazán, díscolo, desconfiado, irascible, y ni su padre ni yo podemos meterle en vereda.

—¡Lástima de muchacho!

—¡Sí, lástima es; y conociéndolo así, he hecho mil esfuerzos, pero todo es en vano: no hay quien haga carrera de él.

—Da pena verle solo.

—Va solo porque los mozos le temen cuando está malhumorado. Sin embargo, el día que le pillan de buen temple toca la dulzaina como pocos.

Y el sacerdote, cambiando de entonación, añadió:

—Pues, señor, a un tiro de fusil tiene usted el pueblo. La vegetación, como habrá podido usted observar en todos estos parajes, es verdaderamente poderosa; el terreno, productivo; el clima no tan templado como si fuera un punto del litoral, pero sí agradable; la gente, sencilla y buena.

—Seguramente, señor cura.

Las palabras del venerable sacerdote se apagaban en aquel momento por el ruido de las zampoñas y los tamboriles, tocados por los mozos en señal de regocijo.

El alcalde, la alcaldesa y todas las demás autoridades rodearon a Alejandro. Este marchaba ufano y satisfecho.

Claudio iba a su lado.

Así entraron en el pueblo.

—¿Qué te parece el médico?—le decía a Ana una de sus compañeras.

Esta quedó silenciosa y exhaló un suspiro.

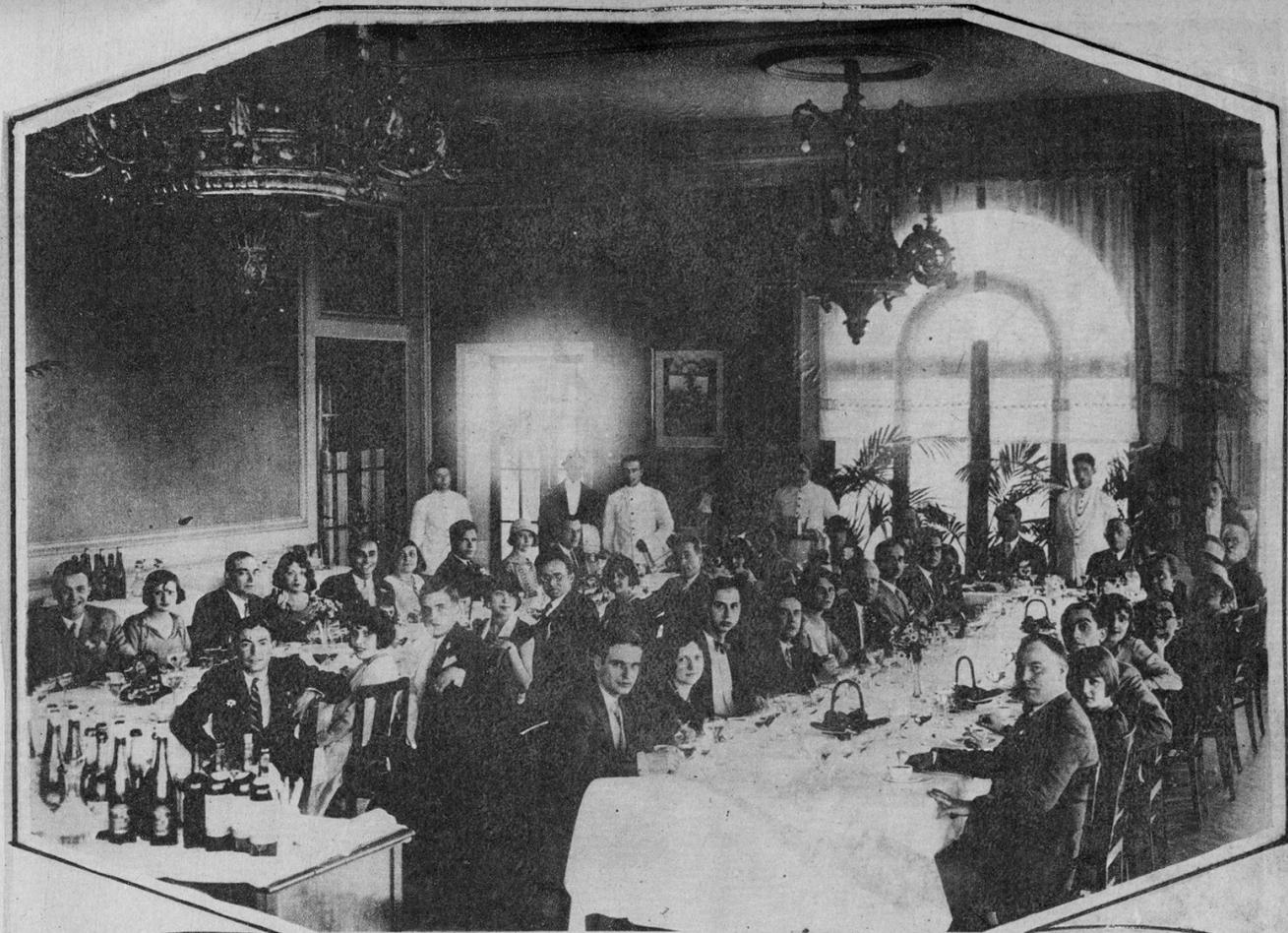
... Cuando llegaron a la casa que a Uacista le tenían preparada, los mozos se quedaron a la puerta.

—¡No, no! ¡Adelante todo el mundo!—exclamó Alejandro.

Los mozos penetraron en la casa.



CARMEN BONI,
ENCANTADORA COMO
SIEMPRE. EN «CUANDO ELLAS
QUIEREN», DELICIOSA Y DIVERTI-
DA COMEDIA, CUYA EXCLUSI-
VA HA ADQUIRIDO LA
CASA GAUMONT



BANQUETE CON QUE EL PERSONAL DE LA CASA PARAMOUNT FILMS,
OBSEQUIO A SU DIGNO DIRECTOR GERENTE, MR. HESSERI. (Fot. Badosa)

JUEVES CINEMATOGRAFICOS

DE
El Dia Grafico

Jayet Caynor
de la Fox



MAX MINN AUST



Numº
118
13 Junio 1929

Warner
Baxter

Lo que eran hace diez años

MIRANDO AL PASADO

Si fuésemos a poetizar, diríamos como alguien: «Yo quiero mucho al tiempo, porque el tiempo es más fuerte que el dolor y el amor, que la vida y la muerte. Dime, hermano y amigo, ¿has oído al tiempo hablar?»

Así, pues, es muy interesante ver lo que nos muestra el tiempo a medida que pasa. Las grandes estrellas y figuras que hace diez años aparecían en la pantalla y en la industria cinematográfica, hoy van, o han quedado, poco a poco olvidadas, para dar paso a las que en aquel entonces ni siquiera soñaban en lo que podrían ser hoy. Entre las figuras del cine que a través de los años no han parado mucho, pero que sin embargo, ya vemos poco, podemos contar al simpático Charles Chaplin, bien acogido en todos tiempos; el hazme reír de todos los públicos, pero que, sin embargo, lleva dentro, muy dentro, una melancolía, quizá porque no ha encontrado realmente quien le comprenda.

Douglas Fairbanks, que se rie del tiempo y de todo, pues en él no han hecho mucha mella los años; ya aparece poco en la pantalla; pero aún hay muchos que se interesan por verlo. Igualmente diremos de Mary Pickford, que siempre se ve muy joven y, no sólo, sino que apenas va perdiendo su tipo de chiquilla, y ahora, vuelve a la pantalla en «Coquette». Las demás, muchas están lejos, quizá; otras se han ocultado tristes de no poder brillar más en el cielo de Hollywood; y otros... otros, descañan para siempre, como Valentino y el simpático Fred Thomson, que siempre fueron acogidos con entusiasmo.

Pero en cambio de aquellos que se fueron con el tiempo, otros han venido a reemplazarlos y a tomar parte en el mundo del cine, y como mera curiosidad, diremos lo que eran algunos de los artistas o figuras que forman parte en la industria cinematográfica, hace diez años.

Babe Daniels.—Esta artista que ha conquistado ya el grado de estrella y que trabaja hoy para la Radio Pictures, era, hace diez años, una chiquilla que acababa de debutar en el cine con Harold Lloyd y Wally Reid, de la Paramount.

Olive Borden.—Hace diez años estaba internada en un convento de Baltimore, y ni siquiera había visto una sola película.

Sally Blane.—Un satélite de la Radio Pictures; era aún una niña que cursaba primaria y ni siquiera se le

había ocurrido jugar a hacer de «actriz».

Betty Compson.—Que aparecerá en «The Viennese Charmer», de la Radio Pictures, acababa de hacer su debut en el cine con Lon Chaney en «The miracle man».

Joseph I. Schnitzer.—Presidente de la RKO Productions Inc., productora de películas para la Radio Pictures, hace diez años era gerente general de ventas de la Universal Pictures Corporation.

William Le Baron.—Vicepresidente a cargo de los Estudios de la Radio, era gerente editor de la Revista de Collier, y no pensaba nunca ingresar en la industria cinematográfica, sino escribir para el teatro y editar libros.

Luther Reed.—Asociado como productor de la Radio Pictures, acababa de llegar de Europa y hacía grandes esfuerzos por establecerse por su cuenta como escenasista en los Estudios de la antigua Metro.

Henry Hobart.—Otro productor asociado con la Radio, era gerente general del Cosmopolitan Magazine.

tenido lugar no había servido más que para precipitar una terrible crisis. Irene no tenía más remedio que abandonar el castillo. Lo hizo sin que René esta vez se opusiera a su marcha. El también, como su hermano, creía que Lyda e Irene eran la misma persona. Irene volvió de nuevo a su vida de sufrimientos; René a la suya de lujo y placeres. Y un día en que se encontró en un cabaret de moda, vio a una bailarina que le hizo dudar si la que tenía ante sus ojos era Lyda Gyl o su pobre amiga.

Abandonó el «dancing» como un loco y volvió a su casa desesperado. Afortunadamente su doméstico, el viejo Julián, había comprendido su pena. Condiólole hasta el asilo en donde se había refugiado Irene, y ambos se abrazaron estrechamente... para no separarse en la vida. Y bajo sus ojos arrasados en lágrimas disipó el horrible fantasma que amenazaba destruir sus vidas.

no no me impongas su presencia, no quiero verla: todas las mujeres son unos monstruos.

Para distraerse, Irene leía un día en el gran salón de René, cuando el ayuda de cámara introdujo a una joven, que había venido accediendo al ruego del dueño de la casa, que la había invitado a comer aquella misma tarde. Disimulada en una gran butaca, Irene era testigo de la impaciencia de la desconocida; ignoraba que su llegada fortuita, no era debida más que a una jugarrera imaginada por los amigos de René. Sintióse de pronto muy desgraciada y determinó abandonar la casa de su bienhechor. Volvió a poseerse sus pobres ropas de obrera, y con su perro bajo el brazo iba ya a ganar la calle cuando llegó René. Irene le explicó que no quería constituir una carga. René, sorprendido, comprendió lo que había pasado al ver a sus camaradas.

Tanto jugó y tan acendradas y sin-

Poco después la sala estaba literalmente atestada de gente. Uacista abrió el balcón, que daba vista a la plaza. Algunos pobres se hallaban ante la puerta. Al verlos, les arrojó algunas monedas, recogiendo otras tantas bendiciones. Los demás se retiraron algunos momentos para dejarle descansar. Cuando Uacista y Claudio se vieron solos, dijo el segundo: —Papá, esta casa no es tan bonita como aquella que visitamos hace tiempo, pero es muy cómoda y tiene jardín. —Sí, hijo mío; y debemos dar gracias a Dios porque nos concede este asilo. —¡Y qué cariñosos son los aldeanos! —Mas lo serán, querido Claudio, el día en que nuestras acciones hagan de sus esperanzas una realidad.

CAPITULO IV

Amor y virtud

Uacista, el discípulo aventajado del Colegio del San Carlos, necesitó muy pocos días para dar a conocer los vastos conocimientos que poseía en su honrosa y difícil profesión. Batió las cataratas a un pobre, devolviéndole la vista, y curó a un parálítico; y tan grande fué su acierto en las primeras enfermedades, que hasta de las aldeas inmediatas venían a buscarle con frecuencia. Cuando sucedía esto, Uacista dejaba al pequeño Claudio en casa del señor cura, montaba a caballo y se alejaba del lugar. Los pobres salían a despedirle sollozando, como si fuese a emprender un largo viaje, y le suplicaban que volviera pronto. Uacista no pasaba fuera del pueblo de su residencia una sola noche. Durante las horas de descanso tomaba la escopeta y se iba a cazar a la montaña. Otras veces se sentaba a leer bajo una encina, y pasaba largas horas sin apartar los ojos de las páginas del libro. El campo era su distracción favorita, y Claudio su alegría. Por las tardes, cuando el sol descendía hacia su ocaso y el horizonte se teñía de púrpura, Uacista se detenía al pie de un árbol. Muchas veces el libro caía de sus manos, y sus ojos se fijaban en la inmensidad. Parecía que un pensamiento dulce y tierno absorbía todo su ser. El crepúsculo desplegaba sus celajes en lontananza, y ya los pájaros aleteaban buscando sus nidos, cuando el perfumado viento de la tarde atraía a los oídos de Alejandro los ecos armoniosos y melancólicos de una canción lejana.

Al oírlo, el joven médico se estremecía e inclinaba la cabeza. Una muchacha, vaporosa como un ángel, aparecía poco después en la colina. Pero su aparición coincidía tan perfectamente con el desenvolvimiento progresivo e instantáneo de las sombras de la noche, que la luz débil de la tarde no bastaba a dibujar sus facciones. Así descendía pausadamente hasta pasar por delante de Uacista. —Buenas noches, señor Alejandro—le decía. Y reanudando su interrumpida canción, porque suya era la voz que cantaba, desaparecía como una visión entre los árboles del camino. Al parecer la luna sobre el poético perfil de los montes, Alejandro se levantaba, y con la frente inclinada y los brazos cruzados sobre el pecho, volvía meditando al lugar. Ante la casa del señor cura se hallaba la tertulia. Esta la componían el alcalde, el barbero, el escribano, el albéitar y el sacristán. Alejandro tenía que pasar por delante de la puerta. —Buenas noches, señores—decía. —¡Pero, don Alejandro, usted no nos quiere bien!—exclamaba el párroco. —¿Por qué, señor cura? —Es muy sencillo; porque no quiere usted venir con nosotros a ninguna parte. Si vamos de caza a orillas del río, tiene usted que hacer; si salimos a pasear, lo mismo. ¿Qué diablos tiene usted en la montaña, que no hay tarde que no la visite? ¡Vamos, eso no me gusta, amigo mío! —Señor cura, usted sabe que un plan curativo no se improvisa; leo, estudio y medito sobre lo que debo establecer a mis enfermos, y nada más. El día en que, por fortuna, no los haya en el pueblo, verá usted cómo me consagro a la amistad.

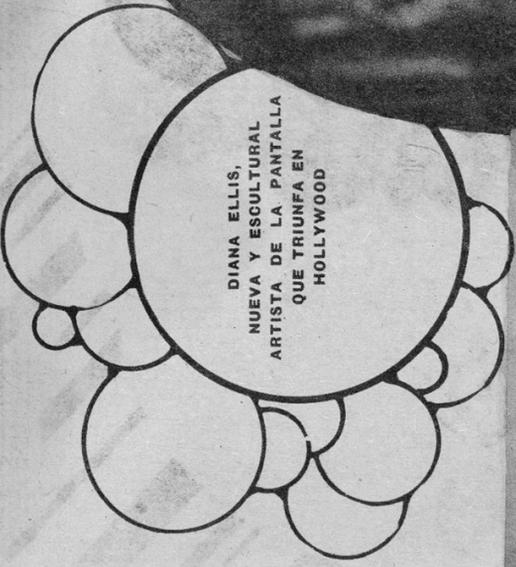
—Sí, sí. ¡Ya es usted bueno! Pero vamos, siéntese usted un poco. Claudio hace progresos en el latín; conjuga y analiza perfectamente, y hoy me ha traducido un parrafito de la «Eneida», de Virgilio. —Con tan buen preceptor, no es extraño. —No, señor, no; es que el chico tiene aplicación, asiduidad y talento. —Usted le juzga con benevolencia. Estas y otras conversaciones sostenía Uacista con el párroco durante la hora u hora y media que duraba la tertulia.

Al sonar el toque de ánimas, Alejandro se retiraba a su casa. Esta le ofrecía todas las comodidades de que había carecido durante su juventud. Tenía un mozo y una pobre anciana que le cuidaban y asistían. Las habitaciones eran anchas, cómodas y alegres, con vistas a la plaza del pueblo y al jardín. En éste había magníficos árboles, que Claudio se encargaba de cultivar; un hermoso parral, que daba alegría en el verano y frutos en el otoño; algunas gallinas, y una cabra blanca, joven y proporcionada como un corzo, a la cual ofrecía el hijo de Marta caricias y alimento en abundancia.

MYRNA LOY, EN LA NUEVA PELICULA
«THE DESERTER», QUE INTERPRETA
MAGISTRALMENTE



DIANA ELLIS,
NUEVA Y ESCULTURAL
ARTISTA DE LA PANTALLA
QUE TRIUNFA EN
HOLLYWOOD



UNA ESCENA DE GRACIOSA COQUETERIA DE LA DIVERTIDA COMEDIA «CUANDO
ELLAS QUIEREN», FILM QUE DISTRIBUIRA LA CASA GAUMONT Y EN EL QUE LA
DELICIOSA INGENUJA CARMEN BONI CREA UN PAPEL SUGESTIVO Y ATRAYENTE



JANET CAYNOR, LA ARTISTA GRACIOSA Y FLEXIBLE,
EN SUS ACTITUDES CARACTERISTICAS

Lily Damita



El demonio de la popularidad

Aparte del impuesto sobre la renta, el problema más grave que afrontan las estrellas del cinema en Hollywood es encontrar refugio a prueba de advenedizos sociales, de coleccionistas profesionales de autógrafos, de damas y caballeros (por lo menos así lo suponemos) acometidos de impulsos romancescos, y de la mala hierba común de los impertinentes.

Nils Asther creía haber solucionado esta cuestión admirablemente. Su repentina popularidad como romántico héroe de las películas de la Metro-Goldwyn-Mayer le obligó a huir del hotel donde residía en Los Ángeles. No podía sentarse a leer tranquilamente sus periódicos de Estocolmo sin que el teléfono llamase un millón de veces cada velada. Recibía invitaciones a fiestas de gente a quien ni siquiera conocía; urgentes instancias de ir a visitar a señores que apenas sabían pronunciar su nombre.

Aburrido, embalgó su equipo sueco de ejercicios físicos y se mudó a un club de atletismo. Infortunadamente, un criado anotó allí a la puerta en una pizarra las entradas y salidas de los socios residentes. No había escapatoria. Sabían al dedillo cada vez que Nils estaba en casa, y el teléfono repiqueteaba hasta que, de puro fastidio, se tomaba él la molestia de responder.

Un buen día de esos, montó en su automóvil y subió a la cumbre de la colina más alta que pudo divisar, buscando allí la casa más elevada y de alquiler más barato que fuese posible encontrar.

—¿Qué calle es ésta?—preguntó al agente de la propiedad.

El corredor movió la cabeza avergonzado.

—Lo siento mucho—se excusó—pero ni siquiera tenemos todavía dirección registrada en estas alturas!

Nils sacó inmediatamente su libro de cheques.

—¡Magnífico!—exclamó—¡Tomó la casa!

Transcurrieron algunas semanas en perfecta paz y soledad. Nadie, fuera de Nils, su perro «Clumsey» y su criado filipino. El peculiar sueco sentíase feliz. El timbre de la puerta jamás resonaba. La casa no tenía teléfono. Su vecino más próximo no

existía, en cuanto a Nils se refería.

Luego, sobrevinieron las calamidades.

El Estudio insistió en que Nils instalase un aparato telefónico. La Compañía de telégrafos se negaba a entregar mensajes de los Estudios a aquellas alturas.

Vibra la campanilla del teléfono.

—¿Quién diablos llama?—desde las profundidades del lecho de plumas de Nils.

—Usted no me conoce, Mr. Asther, pero yo soy un gran admirador suyo y esperaba que me hiciera el gran servicio de venir a la celebración de mi cumpleaños...

¡Plank! Colgado el receptor.

Después de eso, algunos amigos de Nils confiaron a otros amigos el lugar de su retiro. A su vez éstos lo contaron a otros amigos, que perpetuaron la interminable cadena, hasta que una procesión de gente perfectamente desconocida comenzó a visitar al actor, felicitándole por su elección de aquella casa y sugiriendo que era un sitio maravilloso para dar una gran fiesta.

Los vendedores ambulantes de alfombras armenias no superaban, por cierto, en entusiasmo a la bandada de corredores de todas clases que acudían a casa de Nils en persecución de algún negocio.

El contrabandista de licores de Fulano y Zutano tenía un champañero magnífico que podía dejarle a 135 dólares la docena. Nils no tenía intención alguna de pagar 135 dólares por un cajón de champaña para que se lo bebiesen otras personas. Querían venderle de todo: automóviles, muebles de bambú, pianos, radios, mantelería, entrada como socio en clubs de la ribera, lotes de terreno en Las Vegas, Nevada; pedíanle donaciones para fondos destinados a éste o aquél propósito, y que firmara cheques para sostener causas de las cuales ni él ni los solicitantes entendían una palabra.

Podéis imaginar la confusión de Nils cierto domingo por la mañana en que, vistiendo todavía su pijama, abrió la puerta de su casa en contestación al timbre de llamada y se encontró con cierto individuo a quien había conocido incidentalmente en la peluquería y que se presentaba acompañado de toda su familia, preparados

a pasar el día entero en su morada, admirando la perspectiva de la isla Catalina, sin necesidad de anteojos de larga vista ni la incomodidad y el gasto de una excursión marítima.

Y figuráos también la desesperación de Herr Asther cuando, al regresar a su casa en cierta ocasión a altas horas de la noche, descubrió parado frente a la entrada el automóvil de un amigo, cuyo «chauffeur» había aprovechado para llevar a su novia con el objeto de que conociese personalmente a Nils y pudiera jactarse después de ello entre sus conocidos.

O imaginad lo mucho que gozaría nuestro héroe con una visita que le hizo, a las cuatro de la mañana, uno de los camareros de cierto club ruso nocturno, que venía a leer a Nils un argumento original que estaba seguro que el bondadoso Mr. Asther presentaría personalmente a Louis B. Mayer y que aportaría a su autor dinero suficiente para pagar su pasaje de regreso a Vladivostok.

Los perances de Asther no son exclusivos de él sólo, sin embargo.

Lew Cody, en la cumbre de su popularidad, se vió obligado a abandonar su casa de Beverly Hills y alquilar un pabellón en la ribera para poder dormir. Sus «amigos» invadían su morada a todas horas del día y de la noche, y no le dejaban un momento de reposo mientras había viandas en el refrigerador y licores en el sótano.

«No podía siquiera meterme al baño sin que alguien me persiguiera» —lamentábase Cody.

Norma Talmadge hubo también de abandonar su residencia últimamente para irse a vivir en un hotel. Bess Meredith, que tiene reputación de ser una de las más brillantes amas de casa, cerró su elegante villa en Crescent Heights y tomó asimismo un modesto departamento en un hotel.

«Necesito intimar un poco conmigo misma» —explicaba ella—. «Por ahora apenas sé cómo me llamo».

Alce White, la chica más modernista entre las chicas modernistas de Hollywood, es otra refugiada de la francachela eterna; y Jean Crawford se escapó hace tiempo a una casita de los arrabales, tan alejada de la ciudad como fué posible, y donde pocas a lmas intrépidas se aventuran a arriesgarse sin una invitación definida y especial.

ACTUALIDADES CINEGRAFICAS

¿SE RETIRA TOM MIX?

Circulan por Los Angeles rumores de que el cow-boy de la pantalla Tom Mix se retira del cine. ¿Las causas? Pues, sencillamente, que este género de películas «cow-boy» está un poco pasado de moda, incluso para la misma juventud americana, que prefiere los dramas policíacos y las aventuras rocambolescas. Poco a poco, los dramas del Far West han ido siendo cada vez más raros, y casi nos atrevemos a asegurar que Ken Maynard sea el último cow-boy de la pantalla. Un poco arriesgado es el decirlo, pero los hechos vienen a corroborar nuestra opinión.

Tom Mix se retira con armas y bagajes: con su caballo, su ancho sombrero y sus espuelas, para consagrar sus actividades al circo. Por lo pronto ya está en la pista como estrella del circo Sells-Flote, que piensa dar la vuelta al mundo, y, según dicen, el contrato que lleva Tom Mix es de 15.000 dólares semanales...

Nos parecen muchos dólares para un solo número, francamente, y auguramos al susodicho circo un formidable «crack».

¿Cuánto vale la entrada en ese circo? ¿Qué capacidad tiene?

Hemos hecho números y ellos, con su elocuencia, nos han demostrado que no es posible dar este sueldo a nadie en un circo, por muy Tom Mix que sea...

¡Ya vendrá el Tío Paco con la rebaja!

LA KOLLOSSAL NEUEBABELSBERG

Estos estudios, próximos a Berlín, como todo estudio importante que se respeta, tiene su correspondiente parque zoológico.

Este parque, después de un sueño, mejor diríamos letargo, que ha durado tres años, va a despertarse a una nueva vida, va a salir de su sopor. El parque de Neuebabelsberg, nombre impresionante cuyas tres primeras sílabas quieren decir en nuestra lengua Nueva Babel, con sus hermosos jardines, sus lagos y sus estanques, va a dar asilo, de nuevo, a las «estrellas» de la sección documental. Ahora que la temperatura es más dulce en tierras teutonas, estos artistas de dos y cuatro patas empezarán a rodar. Las celebridades más grandes entre éstos son: Hermine, el puercoespín; Mungo, la iguana, matadora de serpientes (¡lagarto, lagarto!); Matz,

el buho; Wolfi, el perro esquimal; Félix, el cocodrilo, y toda una familia de renos. Durante los meses estivales, los estanques y jardines serán repoblados y se tratarán de aclimatar nuevas colonias de pájaros, a fin de que la sección documental pueda siempre disponer de los animales más raros y diversos.

Nos alegramos mucho de la noticia y nos felicitamos extraordinariamente de que nos hayan hecho este «adelanto».

El día que rindamos una visita a los susodichos estudios, la haremos acorazados y armados hasta los dientes.

UN GRAN FILM QUE MUY POCOS ENTENDERAN

Cierta casa está preparando en sus estudios de Hollywood el primer film hablado en hebreo. Creemos que el director de los susodichos estudios lo habrá dicho en serio, así como que esperan una acogida entusiasta y remuneradora de la susodicha producción, ya que los hijos de Israel que pueblan los Estados se cuentan por millones...

Todo eso nos parece muy bien. Efectivamente, hay en los Estados Unidos millones de judíos, aunque no tantos como cree el susodicho director, pues si no mientan las estadísticas del almanaque hebreo «Keren Kayemet Le-Israel» del año 1927 (era cristiana) y 5688 (ley de Moisés), que tenemos a la vista, ascienden a 4.000.000 los hebreos que pueblan toda la América del Norte, de los cuales tres millones y pico no irán seguramente al cine por no permitírsele sus ocupaciones y por la sencilla razón de que no entienden el hebreo.

—Lamento en el alma echarle este cubo de agua fría a la casa, pero esto que digo es la realidad.

Ahora bien. Si ese film se proyecta en Polonia, Rumania y sobre todo en Oriente, es muy posible que tuviera más... oyentes!

Los hebreos de estos puntos sí que saben hablar y escribir el «hebreo».

SE HA CASADO... ¿QUIEN DIRAN USTEDES?

¡John Gilbert!, el joven primero de dientes de lobo, mirada brillante y arrebatadora, faz de terciopelo, et-

cétera, como decía Greta Garbo, a modo de piropeo y con vistas al himeneo, aunque por esta vez la mujer misteriosa, la del alma sensible y mirada fulminante, según decía John para seguir a la lisonja de Greta, se ha quedado compuesta y sin novio.

John se ha casado inopinadamente, cuando nadie lo esperaba y con una mujer que ya pasó la línea de la juventud, que va ya cuesta abajo por la pendiente de la vida. Llámase ella Ina Claire, actriz de teatro y de la pantalla y última esposa del famoso periodista neoyedquino James Whitaker.

El pollo Gilbert, no crean ustedes que acaba de salir ahora del caserón, no. Este es su tercer matrimonio. Su primera mujer llamábase Olivia Burrell y no era artista. La segunda, era Leatrice Joy, conocida estrella de la pantalla, de cuyo matrimonio hay una hijita de 2 años de edad... ¡Con que ya ven ustedes qué pájaro está hecho el tal Gilbert, digo, Pringle, que es su verdadero apellido; Gilbert no es más que su nombre de artista y nació en Logan (Utah). ¡Ya ven que estamos enterados!, ¿eh?

El matrimonio se celebró el día 14 ó 15 del mes pasado y salieron en viaje de novios, en tren especial, para «Las Vegas» (Méjico).

Al día siguiente los rotativos de Hollywood decían en grandes titulares:

«Greta Garbo, la conocidísima «vamp», derrotada por una rival, abandona a sus amistades y se retira...»

«¡Sic transit gloria mundi!...»

FIN

Ha sido operado felizmente en Baltimore en el «Unión Memorial Hospital» el conocido actor cinematográfico Richard Dix, que ingresó en dicha clínica con el nombre de E. C. Brimmer para evitar la publicidad.

El otro día nos explicaba que dicha operación era inevitable, porque, debido a los esfuerzos atléticos realizados en algunas, por no decir en casi todas sus producciones, se le abrió una reciente herida no bien cicatrizada de la operación de apendicitis que le practicaron no hace mucho tiempo.

Esperamos verle pronto en la pantalla.

EL MAGO DE HOLLYWOOD

Las pequeñas molestias de las grandes estrellas

Por un lado están los aplausos, los Rolls-Royce, las fincas suntuosas en Beverley-Hills, los trajes de París, la gloria... esto es: la parte más bonita del decorado del reino estelar.

Vero por otro, Hollywood, que no debería de llevar el remoquete de «Ciudad encantada», defiende mal a sus estrellas de todas las pequeñas vejaciones inherentes a su situación. No son, es verdad, más que molestias muy insignificantes y que no bastarían a contrabalancear la satisfacción que produce el saberse poseedora de un auto construido expresamente.

Por fortuna, se dan de vez en cuando casos muy divertidos, es decir, divertidos siempre y cuando se tenga un poco de humor como le sucede, por ejemplo, a la encantadora Norma Shearer. Un día, y vaya un botón de muestra, recibió la mencionada «vedette» una carta vibrante de indignación de una joven de Middle-West:

«Te he reconocido—decía la misiva—, a pesar de tu maquillaje y tus ropas excéntricas. Ya sé que eres mi hermana y no estaré de más que te advierta que debes volver a casa cuanto antes. Nuestro padre está enfermo y yo sin trabajo; tu lugar está, pues, aquí, entre nosotros y no puerqueando y haciendo la estúpida por los «dancings» y «cabarets» de Hollywood. Creíste eludir nuestras pesquisas cambiando de nombre, pero ya ves que te hemos reconocido... etc.»

Norma se divirtió mucho al principio, con aquel incidente, hasta el día en que la mencionada joven desembarcó en Hollywood y trató de introducirse en los estudios de la Metro-Goldwyn-Mayer. Todas las mañanas esperaba el auto de la actriz e intentaba saltar al estribo cuando el coche acortaba la marcha para traspasar la verja. Por fin, Norma perdió la paciencia, se asustó de aquella insistencia y rogó a un amigo que interviniera. Cortó mucho trabajo convencer a la testaruda joven de que Norma no tenía más que una hermana que vivía con ella y un padre que gozaba de excelente salud. La susodicha «hermana» abandonó el estudio enojadísima y no nos atreveríamos a decir que convencida.

La aventura de Pauline Starke fué infinitamente menos atrayente. Todo el mundo sabe que los comerciantes de Hollywood tienen dos precios para todas las mercancías: uno para los clientes ordinarios y otro para la colonia cinematográfica. Modistas, floristas, perfumistas, bisuterías, hasta los almacenes de coloniales, tiendas de co-

mestibles y carnicerías, no sienten ningún escrúpulo en recargar los precios a las «stars». Algunas no se dan cuenta, sobre todo aquéllas cuya carrera ascendente ha sido muy rápida, y éstas acostumbran a ser indiferentes al precio de las cosas, pero las otras se irritan de semejante abuso.

Pauline Starke se apercibió un día de que las notas de su tintorero eran dobles exactamente de las que pagaba su secretaria. Pauline, para evitar aquel abuso intolerable, envió desde aquel día todos sus efectos a nombre de la susodicha secretaria y sonrió pensando en la cara de asombro que pondría el comerciante al ver la cantidad de trajes parisinos y capas y abrigos de pieles que poseía una simple empleada.

Una de las plagas del cine, plaga inofensiva y casi necesaria, puesto que es una consecuencia de la popularidad, es la del aficionado a los autógrafos. No pueden ustedes ni imaginarse siquiera el número de jóvenes y escolares que se colocan a la entrada de «Mantmartre», el restaurant de moda de Hollywood, para esperar pacientemente la llegada de los autos de marca, en la convicción de que nadie, fuera del cine, puede poseer un carruaje suntuoso, y que tan pronto llega uno de éstos, tiende un álbum, una fotografía o una simple hoja de papel a su ocupante para obtener un autógrafo.

Otros, y éstos es muy difícil esquivarlos, atacan a las estrellas en el teatro, en la calle, donde sea, reclamando una firma. Una tarde, en un restaurant, un joven se precipitó hacia la mesa de Esther Ralston en un estado de excitación manifiesta. Extendió una servilleta ante ella y obligándole a coger la estilográfica que preparada llevaba en la mano, la dijo tartamudeando de emoción:

—Le suplico que firme de prisa, Wallace Beery va a salir en este momento y necesito también su firma.

Y, por lo que toca a Charlie Rey, hace poco tiempo se enteró de la existencia de un tipo que se decía primo suyo, un tal Albert Ray. Rey, en efecto, tiene un primo que se llama Albert y trabaja en la Fox. No obstante, siguió la superchería y nadie se dió cuenta más que el propio Charlie, al ver la enorme brecha que el famoso primo le había hecho en su cuenta corriente; truncándole la carrera a tan famoso y aventajado estafador, el propio Albert, el auténtico.

Però la prueba más penosa, la re-

servada solamente a las más célebres entre las estrellas de cine, es la de ser llevadas en triunfo por una muchedumbre delirante, y lo de menos es que un grupo de admiradores rodeen a una, sino que exteriorizan su entusiasmo en una forma, que muchas veces es necesaria la intervención de la policía.

Mary Pickford y Douglas Fairbanks son, seguramente, las estrellas que más frecuentemente han sido víctimas de esta clase de manifestaciones.

El auto de los Pickford-Fairbanks es conocido de todo Hollywood y Mary no puede bajar de él sin que inmediatamente sea rodeado por dos o tres transeúntes que la reconocen, engrosando el grupo inmediatamente, y si escapa a las aperturas de la multitud, es gracias a los bíceps de su chófer, ayudado por algún agente de policía, dándose por muy contenta si logra escapar sin su sombrero aplastado, la ropa destrozada y... muchas veces hasta sin bolso.

Cuando el público sabe de antemano que el famoso matrimonio ha de asistir a algún estreno, ya saben Douglas y Mary que les es necesaria una escolta de policía para ir de su casa al teatro y que, aún con esta protección, no llegan a su casa más que con la ropa más o menos destrozada por el entusiasmo de sus admiradores.

Però al que más hay que compadecer de todos los actores es a Charlie Chaplin. Cuando está en Hollywood, come frecuentemente en casa de Henry's, un pequeño restaurant poco conocido. Y, sin embargo, si consigue comerse la sopa sin que nadie le moleste, es para ver, antes que le sirvan el plato siguiente, a una madre llevando medio a rastras a tierno retoño, mohido y lloroso, que le dice sin más preámbulos:

—¡Oh, señor Chaplin! Mi Alfredo te adora y quiero que más tarde pueda decir que realmente le ha visto a usted.

Después de esto abraza al susodicho Alfredo, diciéndole:

—¿Ves Alfredo? Este es Charlie Chaplin—y pone en su voz la entonación del que va a hacer un regalo.

Luego quédanse mirando al pobre Charlot, como un bicho raro, que trata en vano de buscar una frase graciosa, acaricia la cabeza del muchacho, dándole unos golpecitos y vuelve, embarazado, a su comida.

Y únicamente cuando Alfredo está ya harto de contemplar a su ido-

Lo que enseña el Cine a las estrellas

Reproducimos en estas páginas las respuestas que Pierre Blanchar y Lucienne Legrand han tenido a bien dar a la encuesta: «¿Qué ha aprendido usted gracias al cine?»

PIERRE BLANCHAR

—¿Lo que he aprendido gracias al cine?—me dice Pierre Blanchar—. ¡Pues, he aprendido a escribir el hebreo! Si, señor, ya ve usted a qué ocupaciones más virtuosas debe sujetarse un actor cinematográfico. En la «Tierra Prometida» mi papel me exigía que se me viera escribiendo en hebreo pasajes de la Biblia. Entonces, unos días antes de rodar la escena, un profesor israelita, vino a enseñarme a coger la pluma especial que allá utilizan para escribir, y a trazar sobre el pergamino caracteres hebraicos. Solamente, que como hay muy pocas probabilidades de que tenga que utilizar el hebreo en otro film, creo que todo este caudal de ciencia tan pacientemente adquirida no me servirá para gran cosa en la vida...

Terminadas erta palabras y dejando el cigarrillo, corre hacia la escalera que conduce a escena. La conversación la reanudamos un poco más tarde con un Blanchar en pijama.

—Antes de trabajar en el cine, sabía montar a caballo y tirar armas. No crea usted que tuve necesidad de un aprendizaje especial para rodar los duelos y estocadas de «El capitán Fracassa»...

—Y para rodar Chopin ¿aprendió usted a tocar el piano?

—Tampoco. No soy un pianista

lo, es cuando madre e hijo se deciden a partir, después de mil zalemas y reverencias.

¿Será preciso que repitamos, para concluir, el antiguo proverbio que para vivir feliz es preciso vivir oculto? Puede ser. En todo caso, siempre habrá en eso una filosofía consoladora, para nosotros que nunca seremos estrellas y no conoceremos nunca los pequeños inconvenientes que constituyen el anverso de tan brillante decorado.

M. GENOVA

muy brillante, pero toco lo suficiente y sé poner las manos, para tener el aire, ¡en la pantalla!, de un gran virtuoso...

—Ahora Blanchar se pone un abrigo marrón, lo que quiere decir que se aproxima el último acto y que debo darle prisa si he de preguntarle algo más.

—¿Quiere usted decir que no se necesita un gran entrenamiento para llevar con facilidad y soltura los trajes de época del «Capitán Fracassa» o del «Jugador de ajedrez»?

—Este entrenamiento, data en mí de mis primeros años de teatro. Cuando se han pasado dos años en el Odeon desempeñando papeles sin importancia vestido con los trajes más extravagantes, uno ya está preparado para todas las transformaciones que se pueda usted imaginar.

—Però, para la composición de trajes en los films históricos, ¿no necesita usted ciertos trabajos de documentación?

—Sí, y eso es muy interesante. En «El Vals del adiós», mis trajes seguían escrupulosamente año por año, la moda de la época y esta reconstrucción me dió mucho quehacer. También tuve que aprenderme todo un capítulo de la historia de Polonia, que desconocía por completo, al documentarme para «El jugador de ajedrez».

LUCIENNE LEGRAND

Esta gentil artista ha rodado ya en un gran número de films y confiesa que su papel de estrella le ha obligado a aprender muchas cosas.

—Al principio, se imagina una que para trabajar en el cine, basta con ser fotogénica y con saber sonreír ante el objetivo. Nada más lejos de la razón. Mis deberes empezaron con una de mis primeras películas, «Los hombres nuevos». Teníamos que rodar, en Marruecos, muchas escenas de caballos, y tanto mi «partenaire» como yo, no sabíamos una palabra de equitación. Con lo cual quiero indicarle que hubo escenas muy cómicas hasta que conseguí sostenerme en la silla de una manera conveniente. La aventura me sirvió de lección y de acicate para aprender lo que me convenía. De vuelta a Francia me fuí a un picadero donde aprendí equitación hasta conseguir rivalizar con las buenas ecuyéres...

—Además, en «Arpette», tuve que aprender a bañar un niño. Y como el bebé no era de celuloide, sino de carne y hueso, tratábase de no hacerle coger frío o lo que era peor, de no dejar que se ahogara...

C. DORE

Un film que también me enseñó muchas cosas fué «La princesa Lulú», desempeñaba un papel de jovencita, de unos catorce años: era preciso que barrera, lavara y jugara en la plaza a todos esos juegos a que tan aficionados son los muchachos. ¡Allí sí que tuve que hacer esfuerzos para amoldarme! Mis «paternaires» eran muchachos pueblerinos, contratados exclusivamente por M. Donatien para rodar esta escena. Y me trataban como a una pueblerina también, tirándome del cabello y molliéndome a puñadas cuando mis progresos en sus juegos no eran tan rápidos como hubieran deseado... Ante estos recuerdos, Lucienne Legrand estalla en una ronora carcajada. Luego, y siempre con muy buena voluntad, evoca para contármelos otros aprendizajes pintorescos.

—En «Miss Edith Duchesse» era preciso que tocara el saxofón. Tomé lecciones durante ocho días con un profesional y para el film «Arpette» tuve que aprender a bailar y a cocinar. ¡Recuerdo que preparé un conejo a la «Jacqueline», que había para chuparse los dedos!

—Y que después se comería usted, ¿no?

—¿Comérmelo? ¡No sé quién hubiera tenido valor de hacer remejante cosa! Era en pleno verano, y las escenas donde salía a relucir el susodicho conejo duraron varios días; de modo que excuso decirle a usted cómo estaba de fresca el día que tuvo que ser guisado...

Los recuerdos culinarios de Lucienne Legrand, no son muy apetitosos que digamos, por lo que cambiamos el giro de la conversación, inmediatamente.

—Además, en «Arpette», tuve que aprender a bañar un niño. Y como el bebé no era de celuloide, sino de carne y hueso, tratábase de no hacerle coger frío o lo que era peor, de no dejar que se ahogara...

Abandono a Lucienne Legrand con una admiración enorme por las variadas facetas de su talento. Bailar, montar a caballo, conducir auto, nadar, cocinar y otras ocupaciones domésticas, educar chiquillos, tocar el saxofón, jugar con los chiquillos... he aquí la de cosas útiles que el cine hace aprender a las «vedettes»...

C. DORE